

aquella mujer algun indicio de mofa, se quejó luego á su marido con lágrimas en los ojos; y el rey para vengarla acusó á Uraia de preparar alguna traicion, y le hizo asesinar poco tiempo despues. Esto causó tan grande indignacion entre los godos, que uno de sus enemigos personales, un tal Wila, creyó poder aprovechar la ocasion de vengarse del agravio anterior que el rey le habia hecho quitándole la novia en su ausencia para casarla con otro. Así fué; mientras el rey estaba comiendo tranquilamente con sus grandes, el jóven Wila, de un solo tajo de espada le cortó la cabeza que voló sobre la mesa. Los rugios que habian llegado con Teodorico á Italia y se habian conservado sin confundirse con los ostrogodos evitando los matrimonios mixtos, quisieron aprovechar la confusion proclamando por rey ostrogodo á uno de los suyos, Erarico, en el séptimo año de guerra (541-42). No obtuvo éste las simpatías del pueblo ostrogodo, que perdió con esta eleccion la esperanza que habia hecho nacer Ildibado de una renovacion posible de su imperio; y á los cinco meses de un gobierno de inaccion fué muerto el rugio y reemplazado por Totila, sobrino de Ildibado y comandante de Treviso. Este héroe, destinado á ser el representante y el astro mas glorioso de la causa nacional, gozaba de grandísima fama por su talento y energía, y cuando supo el vil asesinato de su tío, quiso entregarse con sus tropas y la fortaleza de Treviso al general imperial que mandaba en Rávena. Los ostrogodos de Pavia, cada dia mas descontentos del rey rugio, que no estaba á la altura de su mision, le echaban en cara el no haber correspondido á sus esperanzas, y acordándose de Ildibado, se figuraron que las cualidades de este podrian haber sido heredadas por su sobrino, y le mandaron una comision para ofrecerle la corona. Totila expuso con franqueza que estaba en tratos con los enemigos y que se habia ya fijado el dia en que debia presentarse el comisionado imperial para encargarse de la ciudad y guarnicion; pero añadió que estaba pronto á admitir la pobre corona ostrogoda y renovar la guerra si antes de aquella fecha quedaba destituido ó muerto Erarico. Es digno de llamar la atencion la fuerza que entre los germanos tenia el espíritu de consanguinidad, cuando Totila, persona tan famosa entre los suyos, podia obrar así sin perjudicarse en su buena opinion y simpatías. Erarico por su parte no hizo ninguna demostracion belicosa, y negociaba como Teodahado con el enemigo para entregarle toda la Italia en cambio de grandes riquezas y de la dignidad de patricio, cubriendo este vergonzoso trato con una embajada encargada de ofrecer al emperador con el beneplácito de todos los ostrogodos las mismas condiciones ofrecidas antes por Justiniano á Witiquis, es decir, la cesion de Italia hasta el Po. En estas negociaciones estaba, cuando le asesinaron los godos, y Totila, conforme habia prometido, aceptó la corona.

Al saber el emperador estos sucesos, reconvinó á sus generales justa y duramente por su inaccion; con lo cual se reunieron once de estos con unos 12,000 hombres para marchar sobre Verona. Allí un traidor dejó entrar de noche un destacamento capitaneado por un jefe arrojado, y los godos sorprendidos evacuaron la ciudad á toda prisa; pero advirtiéndoles despues desde una colina á orillas del Isonzo el reducido número de enemigos que habian entrado, volvieron atrás, penetraron otra vez en la plaza y acuchillaron á los imperiales, mientras los 10 generales, en lugar de apoyar á su guardia y ocupar la ciudad, estaban fuera disputando entre sí sobre el modo de repartirse el botin. Rechazados luego enérgicamente por los godos retiráronse otra vez al otro lado del Po hasta Faenza, á 120 estadios de Rávena. Totila incorporó á su ejército una gran parte de la guarnicion de Verona, con cuyo refuerzo pudo reunir 5,000 combatientes y con ellos

salió de Pavia para ir á atacar con gran arrojo y atrevimiento al ejército enemigo, tan superior al suyo. Atacóle, en efecto, en Faenza, y por medio de una maniobra bien calculada le dejó tan derrotado, que á mas de los muchos muertos y prisioneros pudo apoderarse el rey de todas sus enseñas y divisas, «cosa, escribe indignado Procopio, nunca sucedida hasta entonces á los romanos.» No tardó Totila en derrotar del mismo modo un segundo ejército imperial junto á Mucela, con lo cual renunciando los generales bizantinos á seguir juntos las operaciones, se retiró cada uno á una ciudad, donde se fortificaron para resistir á Totila en caso de ataque. Totila trató á los prisioneros que habia hecho con tanta solicitud y generosidad, que agradecidos tomaron servicio en su ejército, cosa muy natural en gente mercenaria y compuesta de individuos de todos los pueblos, que combatian contra cualquiera si se les pagaba. Reforzado así, el rey conquistó en el octavo año de guerra (542-43) á Cesena y Petra, y dejando por lo pronto á Roma á un lado, pasó el Tiber y se dirigió á la Campania y la Sabinia, apoderándose de Benevento y arrasándola para impedir que allí se fortificasen otra vez sus enemigos, porque su ejército era todavía débil para guarnecer las plazas mas importantes. Tomó un castillo tras otro y luego á Cumas, donde cayeron en su poder grandes tesoros y las esposas de sus peores y mas acérrimos enemigos, los senadores romanos. Totila las dejó marchar libremente sin ninguna clase de insultos, lo cual le dió entre la poblacion italiana grandísima fama de bondadoso y sabio. Ganó el Abruzzo, la Basilicata, la Pulla y la Calabria, en cuyos distritos reinstaló como soberano de Italia la administracion ostrogoda, cobrando las contribuciones, y las rentas y parcerías que debian los arrendatarios, colonos y esclavos á los magnates romanos que habian huido á Constantinopla. El primer resultado de estas operaciones fué que no cobrando ya tantas contribuciones, los soldados bizantinos no pudieron recibir su paga, y se amotinaron contra sus jefes y no quisieron salir de las plazas fuertes como Rávena, Roma, Espoleto, Florencia y Perugia, á donde se habian retirado despues de las dos derrotas. Totila cercó á Nápoles, procurando rendir la ciudad por hambre.

El primer general que mandó el emperador como jefe superior de todas las fuerzas bizantinas en Italia, ó prefecto del Pretorio, viéndose incapaz é insuficiente para ponerse á la cabeza de los generales desunidos, tardó todo lo que pudo antes de salir del Epiro y luego de Sicilia. El que le reemplazó perdió toda su escuadra con sus cargamentos de víveres y tripulaciones en una tentativa de abastecer á Nápoles, que frustraron los rápidos buques de Totila. Una segunda escuadra reunida con el mismo objeto, fué arrojada por la tormenta á la costa cerca de la ciudad y cayó tambien en manos de los godos, que enseñaron á los defensores de la plaza los jefes de ambas escuadras prisioneros para excitarlos á rendirse. Prometieron, en efecto, que lo harian si no recibian socorro en el plazo de treinta dias, á cuya condicion contestó Totila riendo que les concedia de buena gana un triple plazo, por estar seguro de que de ninguna parte les podia venir en este tiempo socorro alguno; y antes del dia fijado rindióse la plaza en el noveno año de guerra (543-44). El rey mostró la mayor solicitud por la poblacion y la guarnicion extenuadas por el hambre, proveyéndolas de todo cuanto necesitaban, procurando al mismo tiempo que al principio no les dañara un exceso de alimento, conforme sucedió, sin embargo, con algunos. Jamás se habia visto semejante conducta bondadosa en ningun jefe vencedor bárbaro ó no. A los jefes y soldados de la guarnicion concedió la libre retirada á donde quisiesen ir, animando á los timoratos; mantuvo á todos mucho tiempo, y facilitó á los que no que-

rian servir en su ejército, dinero, caballos, carros y escolta para su seguridad si querian ir á Roma. Repugnando el dejarse sitiar, amaestrado por el ejemplo de Witiquis, destruyó las fortificaciones y murallas de la ciudad. Mandó matar á un godo principal y famoso por su valor, que formaba parte de su escolta, sin escuchar las empeñadas súplicas de sus soldados, porque habia forzado á la hija de un calabrés, á cuya familia hizo entregar todo lo que poseia el autor del insulto, diciendo á los suyos: «La victoria de nuestra causa solo es posible si ganamos el favor del cielo y la voluntad y simpatía del pueblo italiano con la mas rigurosa justicia.» Rindiéronse entonces tambien los generales bizantinos con sus tropas, que en las ciudades donde se habian fortificado se habian entregado á la vida mas disoluta, maltratando y esquilmando á los habitantes, de suerte que todos esperaban la llegada de los ostrogodos. Para motivar su entrega escribieron al emperador que no habia medio de luchar con los godos.

Pasó Totila á sitiar á Otranto en Calabria, y en el interin preparó el terreno en Roma, donde hizo fijar de noche en las esquinas de las calles por agentes secretos, alocuciones al pueblo, invitándole á abrirle las puertas. El comandante imperial, sospechando que los sacerdotes arrianos podian ser los autores de estos carteles, los hizo salir de la ciudad. Marchó luego el rey sobre Roma, y en vista del peligro, llamó Justiniano á Belisario, no obstante la guerra con la Persia, donde el general hubo de dejar hasta su excelente guardia. Belisario, al recibir la órden de encargarse del mando en Italia, solo pudo por lo pronto reunir un cuerpo de unos 4,000 hombres, con los cuales se dirigió en el décimo año de la guerra (544-45), á Salona en Dalmacia, y mandó relevar la guarnicion de Otranto poco menos que muerta de hambre, por otra abastecida por un año, lo cual se hizo, no sin recibir de los godos una carga muy fatal para los bizantinos. De Salona se dirigió por mar á Pola para organizar su ejército, cuya debilidad y reducido número supo luego Totila por sus espías disfrazados. El rey se habia apoderado de Tivoli por la traicion de sus habitantes (donde los godos mataron á los sacerdotes católicos y á un romano de elevada categoría), y desde esta posicion cortó las provisiones que desde Toscana llegaban á Roma bajando por el Tiber. Belisario pasó por su parte á Rávena, donde invitó en vano á los habitantes italianos y godos á alistarse en su ejército: ni un solo hombre siguió su invitacion; muy al contrario, le abandonaron allí todos sus voluntarios iliricos, para acudir á defender su país amenazado por los hunos, alegando en Constantinopla que desde que estaban en Italia no se les habia pagado. Un jefe de Belisario logró sin embargo apoderarse de Bolonia; pero cuando los bizantinos trataron de llevar auxilio á la plaza de Auximum, los derrotó Totila en el décimo-primer año de la guerra (545-46), y tomando luego á Fermo, Asculo y Espoleto, dirigióse hácia Roma. En todos los distritos que recorria no se olvidaba nunca de excitar á la poblacion rural á cultivar tranquilamente sus tierras, protegiéndola eficazmente, y contentándose con la contribucion territorial y los arriendos debidos á los propietarios emigrados. Todas las operaciones del rey patentizaban una sagacidad y rapidez extraordinarias y superiores en un todo á las de Witiquis su predecesor, lo cual no impedia que al mismo tiempo se valiera de todas las estratagemas y sorpresas permitidas en la guerra y hasta de las no permitidas, como el desembarazarse por el asesinato, si podia, de los principales jefes enemigos. Así lo prueba tambien su sitio de Roma: la primera salida de la guarnicion fué tan desastrosa para ella, que no le quedaron ganas de repetirla, y el resultado fué, que no atreviéndose nadie á salir, entró en cambio la escasez

seguida del hambre. Totila, luego que se rindió Nápoles, habia mandado un gran número de buques menores á cruzar por aquellas costas y las islas de Lipari cerca de Sicilia, donde apresaron todas las provisiones destinadas á Roma, entre otras el gran cargamento que el papa Vigilio habia expedido desde Sicilia. El rey mandó cortar ambas manos á un obispo que acompañaba á la expedicion y que quiso engañarle con declaraciones falsas. Todas estas operaciones habian aumentado considerablemente el ejército del rey, que pudo, sin abandonar el sitio de Roma, cercar á Plasencia y obligarla por hambre á rendirse. Era la última ciudad de la Emilia ocupada por las tropas enemigas, y su caida aumentó mucho la inquietud de Belisario por la suerte de Roma y el éxito de toda la campaña. Sus repetidas instancias para que le enviaran refuerzos de Constantinopla no parecia que tuvieran resultado, é impaciente salió de Rávena para ir á Durazo (Epidamno), y aguardar allí como punto mas próximo los tan deseados auxilios. Estos llegaron por fin compuestos en su mayor parte de voluntarios hérulos. Escogió al momento Belisario 500 de los mejores, encargándoles la defensa del puerto maritimo de Roma (Porthus), pero murieron todos al querer atacar el campamento godo, á cuya operacion no supo cooperar debidamente Besa, el comandante descuidado de Roma, cuya guarnicion constaba de 3,000 hombres, número que Procopio considera muy grande, lo que prueba que las obras de defensa no debian de tener gran extension. En el año décimo-segundo de la guerra (546-47), llegó la miseria en la capital á un grado desconocido, situacion que sirvió á Besa, á sus capitanes y soldados, para esquilmar completamente al pueblo vendiéndole sus raciones á precios de usura; la fanega de trigo á 7 sueldos de oro, y un buey capturado delante de una de las puertas, por 50 sueldos de oro (1). La carne de caballo muerto era una golosina; y la multitud pobre recogia y comia las ortigas que crecian abundantes sobre y junto á los muros de los abandonados edificios. Cuando los romanos acomodados habian dado su último dinero á la guarnicion, les exigió esta sus objetos de mas valor en cambio de las miserables raciones que les cedian los soldados, y solo cuando todos los perros y ratas habian sido devorados por los hambrientos habitantes, cuando estos ya no tenian nada que dar, y los suicidios y muertes por hambre se iban haciendo frecuentes, permitió el jefe bizantino, es decir, el godo Besa, á la mayor parte de los romanos abandonar la ciudad.

En esto habian llegado á Durazo los tan esperados refuerzos, una parte de los cuales fué mandada al Puerto de Roma mientras que la otra llevó socorro á Otranto. El segundo de Belisario, Juan, sorprendió á los godos en Calabria, donde se le pasó la poblacion del Abruzzo y de la Pulla cuando vieron la disciplina de sus tropas, porque se habian pasado á los herejes bárbaros con repugnancia y solo para huir de los malos tratos de los imperiales. En seguida ocupó tambien á Brindis y Canosa. Una tentativa de Belisario de introducir víveres en Roma haciéndolos subir en barcos rio arriba, no tuvo éxito por la torpeza de los jefes y la inaccion del solapado comandante de la ciudad, que con la llegada de provisiones veia escaparse su infame industria de vender á los hambrientos habitantes el trigo de sus almacenes. Por fin, concertaron cuatro voluntarios isauros con los de fuera el dejarlos entrar al anochecer por la puerta Asinaria que estaban encargados de guardar. Cuando se supo la entrada de los ostrogodos huyó Besa con casi todas sus tropas sin intentar la menor resistencia. Algunos soldados y el resto de la

(1) El sueldo de oro valia al principio 1575 pesetas, pero el sueldo bizantino posterior, solo valia 1479. (N. del T.)

poblacion, apenas 500 almas, buscaron asilo en las iglesias, pues los demás ó se habian marchado ó habian muerto de hambre. Lo primero que hizo el rey al romper el día fué ir á la basilica de San Pedro para dar gracias á Dios; y en seguida mandó respetar á los vencidos, de los cuales solo habian muerto 26 soldados y 50 particulares en el primer ímpetu de la entrada; luego dió órdenes para reservar los objetos mas preciosos á fin de reunir un tesoro nuevo, entre otros principalmente las riquezas que Besa habia acumulado en su casa donde se encontraron; fuera de esto permitió á sus tropas el saqueo con la condicion de respetar las personas y principalmente á las mujeres, lo que le valió abundantisimas gracias y alta fama de parte de los interesados y de

sus familias. Tomó bajo su especial proteccion á Rusticana, hija de Simaco y viuda de Boecio, que decian habia hecho derribar las estatuas de Teodorico en la ciudad, y cuya muerte pedian los ostrogodos á grandes gritos.

En todo procedió el vencedor con ejemplar moderacion, reconviendo al pueblo, y con mas motivo y palabras mas duras al Senado, por su ingratitude y traicion, haciéndoles ver el contraste entre la administracion opresora de los bizantinos y los beneficios del gobierno de los Amalos. Al emperador le envió una embajada compuesta de romanos, proponiéndole la paz sobre la base del arreglo convenido entre Anastasio y Teodorico, en cuyo caso se obligaba á auxiliar al imperio oriental con las armas y servir al emperador como

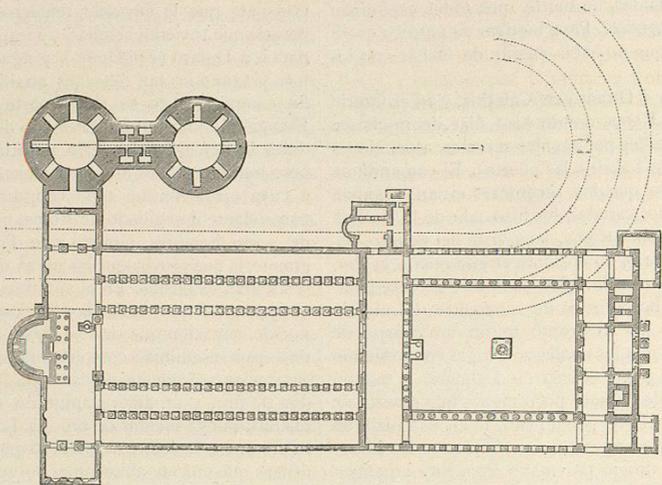


Fig. 83.—Plano de la Basilica de San Pedro en Roma. (Las líneas puntilladas indican el circo de Neron)

á un padre contra todos sus enemigos. Al mismo tiempo encargó muy particularmente á sus enviados que suplicasen de todas veras al emperador que no desechara temerariamente sus proposiciones, porque esto le obligaría á sentenciar á muerte á los miembros del Senado, arrasar á Roma y llevar la guerra á la Iliria. El emperador le contestó que se entendiera con Belisario, lo cual le irritó tanto, segun Procopio, que se decidió á cumplir su amenaza respecto de Roma, y solo desistió de su designio á consecuencia de las vivas reflexiones y súplicas del mismo Belisario. A la negativa del emperador se habia agregado la noticia de un descalabro de sus tropas en la Pulla por el general bizantino Juan, que con el auxilio de un rico propietario, llamado Tuliano, habia armado la poblacion rural á favor de los imperiales. La verdad sobre la intentada destruccion de Roma es que Totila no teniendo suficiente ejército para guardar la capital, ni queriendo tampoco que evacuándola él se volvieran á establecer allí los bizantinos, quiso solo destruir las obras de defensa como se habia visto precisado á arrasar las de otras ciudades. Hizo pues derribar por diferentes puntos como una tercera parte de las murallas, porque esto de «quemar los edificios mas soberbios y trasformar la ciudad en dehesa,» como dice el autor antiguo, habria costado por cierto demasiado tiempo y trabajo. Apostó parte de sus tropas cerca de Roma (*in algido*) á 120 estadios al Oeste, para impedir que Belisario ocupara desde el Puerto la ciudad casi desierta; se llevó en rehenes á los senadores; envió el resto de la poblacion á la Campania, temiendo que quedándose

en la ciudad no volviese á llamar á los bizantinos y estos se fortificasen otra vez en ella cuando el ejército godo la hubiese evacuado; y tomadas estas precauciones marchó con una parte de sus tropas en busca de Juan y de sus huestes allegadizas. Juan al tener noticia de este movimiento, se encerró á toda prisa con sus bizantinos en Otranto, mientras que los aldeanos, deponiendo las armas, volvieron á sus labores del campo, y Tuliano puso tierra por medio.

Los demás grandes propietarios del distrito eran los senadores que Totila llevaba consigo en calidad de rehenes. Estos fueron confirmados por él en su derecho de propiedad y hubieron de tranquilizar á sus colonos atemorizados, quedando despues bien custodiados en Campania, mientras que el rey tomó el castillo de Acerenza (Aqueronte) y se dirigió hácia Rávena para recuperar esta plaza inexpugnable. Roma fué ocupada por Belisario, muy resuelto á sostenerse en ella con toda su fuerza, á cuyo fin hizo trabajar á toda su gente en la recomposicion de las murallas, que á los 25 días quedaron bien ó mal en estado de defensa.

Los habitantes regresaron de Campania y la plaza fué aprovisionada por mar abundantemente con toda clase de municiones de boca. Tarde conoció el rey el error de haber abandonado la posicion de Roma, error que le valió además amargas reconvencciones de sus grandes. Acercóse á marchas forzadas para recuperar la plaza antes que los enemigos tuviesen tiempo de recomponer las puertas; pero atacando sin orden y con demasiada precipitacion, fué rechazado despues de luchar todo un día. No fué mas afortunado al día

siguiente, perdiendo al abanderado, á quien una flecha derribó del caballo; los godos, á fin de salvar su estandarte y con él el brazalete de oro que era el distintivo del abanderado, no tuvieron mas remedio en el calor de la pelea que cortar el brazo al muerto, y en vista del ningun éxito de su embestida tumultuosa, organizar otra vez el sitio de la capital, cuyas llaves habia remitido Belisario á su emperador. Totila destruyó los puentes del Tiber, ocupó el castillo de Tivoli que él mismo habia destruido, y se fué á toda prisa á terminar la rendicion de Perugia, cuya plaza se hallaba ya muy apretada por los ostrogodos. Esto fué en el año décimotercio de la guerra (547-48). De Perugia se dirigió al encuentro del general Juan en la Pulla, que despues de una accion pequeña favorable á sus armas, habia libertado á los senadores romanos encerrados en Capua, y muchísimas de sus esposas detenidas en diferentes ciudades de la Campania. El ímpetu immoderado de los godos permitió al enemigo retirarse á Otranto con insignificantes pérdidas; pero los refuerzos de Constantinopla, que habian desembarcado cerca de Brindis, fueron derrotados apenas pusieron pié en tierra, y arrojados hácia Tarento, donde precisamente tenia Belisario intencion, siguiendo las indicaciones del emperador, de tomar la ofensiva con estos nuevos refuerzos en la Calabria. Desembarcó, pues, cerca de Crotona, donde queria reunir los cuerpos estacionados en Tarento y Otranto, á cuyo fin permaneció allí con su infantería, mientras la caballería, penetrando en el interior, ocupó los desfiladeros y puestos que daban paso á la Calabria; pero cuando estos destacamentos, envanecidos por alguna accion favorable, dejaron de vigilar al enemigo conforme lo exigia la prudencia, sorprendió Totila su campamento, destrozándolos casi completamente. Al saberlo Belisario volvió á embarcarse á toda prisa y abandonó la península, pasando á Mesina, de donde envió á su esposa Antonina á Constantinopla para obtener con el apoyo de su amiga la omnipotente emperatriz Teodora, recursos mayores, como los exigia la situacion si se queria activar la guerra con decision y energía. Entre tanto, ibanle llegando los refuerzos de costumbre, con los cuales hizo en el décimocuarto año de la guerra (548-49) una nueva aunque inútil tentativa para socorrer el castillo de Ruscía. De allí marchó á Otranto y luego á Crotona, pero viendo en la costa el ejército ostrogodo formado en batalla no se atrevió á desembarcar, y arreglando las cosas como pudo en Crotona, se decidió finalmente á volver á Constantinopla.

Su esposa, que no habia encontrado ya á la emperatriz á su llegada porque Teodora habia muerto, en lugar de pedir refuerzos al emperador, instó y logró que llamara á su marido, cuya presencia era muy necesaria en Oriente contra los persas. Fuera ya del país el general en jefe, rindióse Ruscía. Su guarnicion, que habia ya capitulado y despues se habia arrepentido cuando la vista de la escuadra de Belisario le dió nuevo aliento, estaba temblando al verse obligada á rendirse de veras; pero Totila no se vengó; castigó á los autores principales de la felonía y dió á la tropa, como era su costumbre, la eleccion entre servir bajo sus banderas ó reunirse con los imperiales en el punto mas próximo. Solo 80 individuos se decidieron por este último partido. El historiador de esta guerra da aquí una gran muestra de valor, independencia de carácter é imparcialidad, diciendo que la actividad de Belisario en esta segunda campaña de cinco años en Italia no tuvo nada de gloriosa; y eso que su obra estaba destinada para el público. Con mayor dureza le califica en su historia secreta, que solo se publicó despues de su muerte, pues en ella dice: «Cabizbajo volvióse Belisario á Constantinopla: en cinco años no habia logrado poner realmente el pié en la península, limitándose todo este tiem-

po á cruzar cautelosamente y como fugitivo á lo largo de las costas, de un castillo á otro; de modo que sus enemigos pudieron recuperar á Roma y todo lo demás, y tomar por asalto Perugia cabalmente cuando él se marchaba hácia Constantinopla.»

En el año décimo-quinto de la guerra (549-50) Ilaufu, procedente de la guardia de piqueros de Belisario, y que hecho prisionero habia tomado servicio en el ejército godo, recibió de Totila el encargo de dirigirse con tropas y buques á Dalmacia. Ilaufu conquistó á Muicuro cerca de Solona, y derrotó junto á Laureata la escuadra enviada contra él, apoderándose de todas las naves ligeras, llamadas dromones y entregándolas al rey. Totila marchó en seguida á poner sitio otra vez á Roma, y como lograra apoderarse del Puerto, pudo cortar á los habitantes los viveres. Luego, llamando la atencion de la guarnicion con un ataque simulado hácia el rio, penetró por la puerta del Apóstol San Pedro en la ciudad, gracias tambien, como la vez primera, á algunos voluntarios isauros que descontentos de no recibir su sueldo enviaban la suerte de los soldados de Totila, tan bien retribuidos. Antes de entrar en la ciudad habia apostado el rey un cuerpo de tropas en un punto donde no fuese visto, junto al camino de Centumcellæ, hoy Civitavecchia, único pueblo donde por aquella parte se mantenía todavia una guarnicion bizantina, calculando que allí se retiraria la tropa al salir de Roma. Así fué, y casi toda fué copada y acuchillada. Seiscientos jinetes que se habian metido y defendido valerosamente en el mausoleo de Adriano, se rindieron al día siguiente, y rehusando todos, menos los jefes, el libre paso á Constantinopla que Totila les ofreció segun solia, se alistaron bajo sus banderas, por no haber recibido hacia muchos años paga ninguna. Los jefes recibieron dinero y escolta para retirarse. Tambien se rindieron otros 400 soldados que habian buscado asilo en diferentes iglesias. Escarmentado Totila de lo pasado, resolvió no abandonar ya la capital, é invitó á godos y romanos á establecerse en ella, sobre todo á los senadores. Hizo restaurar lo que se habia destruido, mandó por provisiones, hizo volver á los senadores y ciudadanos prisioneros en la Campania y dió brillantes funciones en el circo, para mostrar á la faz del mundo que era ya dueño de la Italia y de Roma, y no como pretende Procopio, solo para imponer al rey de los francos que le habia negado su hija por esposa por haber tenido que abandonar á Roma cuando le faltaban fuerzas suficientes para guardarla. Con todo, volvió á hacer al emperador proposiciones de paz, ofreciéndole su auxilio contra todos los enemigos; pero Justiniano se negó á recibir la embajada, la cual hubo de volverse sin haber obtenido contestacion, porque en la corte trabajaba contra todo arreglo con los bárbaros herejes la poderosa influencia del clero católico y de la nobleza romana, representados por el papa Vigilio y el patricio y cónsul Gotigo ó Cetego. Totila, rechazado tan bruscamente, trató de alcanzar la paz tan deseada con las armas, y se determinó á reconquistar la isla de Sicilia, que desde el principio de la guerra se hallaba en poder de los bizantinos, para convertirla en base de una serie de operaciones contra el imperio oriental, que obligaran al emperador á firmar la paz definitiva. Totila habia apresado toda una gran escuadra imperial compuesta de naves grandes con sus tripulaciones y municiones; con esta y con 400 naves menores que preparó, desembarcó en Sicilia. Entre tanto tomó á Tarento, puso estrecho cerco á Rávena para rendirla por hambre; y otro cuerpo godo habia recuperado la importante plaza de Rimini, y destruido totalmente junto á Rávena un ejército imperial que á las órdenes de un jefe bizantino pretendia reconquistar el Piceno. Totila atravesó toda la isla de Sicilia sin encontrar resisten-